

III CERTAMEN DE RELATO CORTO **DESIGUALDADES**

2024-2025

Relatos premiados



Primer premio: “Sueños sin regreso” de Eloy Calvo Pérez

Segundo Premio: “Todo para Sebas” de Dora Luz Herrera Jiménez

Tercer Premio: “Partitura en negro menor” de Mayra Rebeca Araujo Pinto

Accésit: “Yo ya soy mayor” de Marta Vidal del Palacio

Accésit: “Sueños de libertad” de Francisco Sacristán Romero

Accésit: “La mujer que quiso ser escuchada” de Carlos Soria Martínez

JURADO DEL CERTAMEN

Este III Certamen de Relato Corto se enmarca en el *Proyecto de Desigualdades* sociales, económicas, culturales y de género que se relaciona con las áreas de trabajo e incidencia de Acción en Red Madrid: la discriminación y la violencia de género, la exclusión de las personas sin hogar y la solidaridad con personas y pueblos discriminados o sometidos. El Certamen pretende ser una forma de relacionar las diversas desigualdades del proyecto con la cultura. Se convocó el 15 de octubre de 2024, con una fecha límite de recepción de relatos del 31 de diciembre de 2024. Se recibieron 139 relatos de distintos orígenes, de dentro y de fuera de España, con una amplia variedad de temas, aunque han destacado los temas sobre las desigualdades de género.

Se constituyó un Jurado para la lectura y evaluación de los textos, compuesto por:

Juncal Baeza Monedero. Se dedica, desde hace más de 15 años, al mundo de la Cooperación Internacional, trabajando fundamentalmente en países de América Central y del Sur, en temáticas como: prevención de violencia, seguridad y migración, empleo digno o fortalecimiento institucional. Compagina esta carrera profesional con la escritura. Como autora de relato breve, su género más trabajado, en 2018 publicó su primer libro de relatos, llamado “Lo imaginado”, que resultó finalista del Premio nacional Setenil. Próximamente publicará “Peligro extremo de incendio”, con Editorial16. En 2023 publicó “El vuelo de los tántalos”, su primera novela.

Manuel Megías. Doctor en Filosofía Inglesa y Profesor Titular de la Facultad de Educación la Universidad de Alcalá durante más de 30 años. Ha publicado en revistas nacionales e internacionales sobre interculturalidad, pedagogía del lenguaje y estrategias de aprendizaje entre otros temas. Ha impartido multitud de cursos y seminarios tanto en España como en el extranjero y ha participado en diversos proyectos de investigación europeos y de cooperación centroamericanos. Fue coeditor de la Revista *Encuentro* y ha sido vicedecano primero de la Facultad de Educación entre 2013 y 2019. Ha participado en cooperación académica de la Universidad de Alcalá en Nicaragua desde 1995 a 2014, así como en Honduras, El Salvador y Costa Rica, impartiendo cursos y masters en el Proyecto MEIRCA, junto con F. Cerezal.

Julio Rodríguez. Psicólogo educativo, ha centrado su labor en la mediación de cursos y talleres, e impartiendo charlas y conferencias sobre la Educación para la Paz, la Prevención de la Violencia hacia las Mujeres y las Masculinidades. La Animación a la Lectura a través del Cuento y la Poesía en Centros de Enseñanza Secundaria ha sido otra de sus actividades. Colaboró como recopilador y transcriptor para la publicación del libro *Cuentos tradicionales y canciones de mujeres del medio rural*, así como en la elaboración de materiales sobre la Educación para la No Violencia, Regulación de conflictos... Actualmente trabaja en un centro de adultos (CEPA) en San Martín de la Vega.

Nahir Subelzú. Nació en Uruguay y reside en Madrid desde hace 30 años. Trabaja en el área de comunicación empresarial. Siempre ha estado vinculada al mundo de la creación literaria y al activismo social. Ahora voluntaria y activista en Acción en Red en el proyecto de apoyo a las personas en situación de calle sin hogar. Ha organizado talleres de iniciación a la escritura creativa.

Flor Cabrera. Feminista y activista por los derechos de las mujeres y por la justicia social, tanto en su Distrito de Usera como en Acción en Red Madrid desde hace décadas.

Fernando Cerezal. Profesor jubilado de la Universidad de Alcalá durante 45 años en áreas de formación de profesores de lenguas y dedicado durante 30 años a la cooperación en Nicaragua, Centroamérica y España. Fundador y activista de Acción en Red Madrid.

Primer Premio
SUEÑOS SIN REGRESO

Eloy Calvo Pérez

Fiel a sus rutinas, nada más entrar en su cuarto, Coral se situará delante del almanaque. De izquierda a derecha, disfrutando del recuento, irá deslizado la yema del dedo índice de su mano derecha por la hilera de números que permanecen sin tachar. Veinticinco de noviembre. Su dedo se detendrá en esa cifra y durante no menos de un minuto no dejará de repasar el contorno de los dos números que conforman la fecha que tanto tiempo lleva esperando.

Todavía con el rostro iluminado por una beatífica e ingenua sonrisa la joven retirará los ojos del calendario y los posará, ahora, en el único objeto que adorna la habitación: una fotografía colgada a un lado de la cama. La misma yema, del mismo dedo, de la misma mano, retocará el rostro de la joven mujer que ocupa el centro de la imagen. Ocho años: ese es el tiempo que hace que no la ve, el mismo que lleva rezando por un reencuentro que no termina de producirse.

Un beso a la imagen de la fotografía dará por concluida la segunda de sus rutinas y será la puerta de entrada a esa otra que, como cada noche, la acompañará hasta que el sueño consiga vencer sus párpados.

Sentada en la cama, la joven leerá alguna de las cartas que ha extraído de uno de los cajones de la mesilla de noche. *Todo ha salido tal y como pensaba. Verás por el matasellos que me encuentro en Madrid. A los pocos días de llegar me contrató una compañía de danza y están muy contentos conmigo. Si no fuera por todo lo que te extraño me sentiría la mujer más feliz del mundo.*

Coral, que podría recitar de memoria el texto de todas las cartas recibidas a lo largo de todo este tiempo, dejará a un lado la primera que cruzó el Atlántico y, sin un orden preestablecido, comenzará la lectura de la siguiente. *Espero que el dinero que te envío alcance para pagar tus clases de danza y puedas, de esa manera, ver cumplidos tus sueños. Te tengo presente en mis oraciones y tu rostro viaja conmigo allá donde me llevan mis actuaciones.*

Como cada noche, la añoranza a punto estará de ensombrecer el rostro de la joven. Por fortuna, el recuerdo de la sonrisa de su madre y las palabras de cariño que han acompañado cada uno de sus escritos le empujarán a continuar leyendo. *Es posible que pronto nos veamos,*

aunque sea solo por unos días. Se rumorea que los directivos de la compañía están negociando incluir nuestro país en la gira que realizaremos dentro de unos meses.

Coral acabará vencida por el sueño, pero al día siguiente las cartas continuarán alimentando su coraje. Convencida de que el reencuentro tendrá lugar en breve, no desfallecerá. Ni querrá ni podrá permitírselo. Transcurridos diez días alcanzará la mayoría de edad, solicitará el pasaporte y lo celebrará ultimando el acuerdo con quienes ocho años antes facilitaron la marcha de su madre: volará a España y, como ella y con su ayuda, cumplirá sus sueños.

Apoyada en esa convicción verá cómo, cada día que pasa, la yema de su dedo emplea un tiempo menor en realizar el recorrido por ese almanaque en el que confluye todo lo que la separa y, a su vez, la aproxima a su madre. Barajará la idea de poner a esta al corriente de su intención, pero terminará decidiéndose por el maravilloso regalo de la sorpresa.

La fotografía y el mazo de cartas, en los que se resumen tantos años de espera, ocuparán un lugar privilegiado en el pequeño equipaje que acompañará su viaje. Intentará, sin éxito, aplacar los nervios que corroerán su estómago durante el largo vuelo.

Ya en Madrid, entablará amistad con otras jóvenes que, al igual que ella, habrán huido de la miseria para abrirse paso en una tierra que promete mayores oportunidades. Llamará su atención que el cuarto compartido que albergará su descanso se encuentre ubicado en un caserón desvencijado, perdido en el centro de la nada, pero se dirá que es normal y que, a buen seguro, también su madre comenzaría en un local similar antes de entrar a formar parte del cuerpo de baile de la compañía con la que lleva ocho años recorriendo Europa.

Se lo dirá un día y el siguiente en espera de ese otro en el que, está segura, las cosas cambiarán. Se lo repetirá, incluso, cuando comprenda que, como el resto de jóvenes que la acompañaron en su viaje, no está en ese local para bailar. Lo seguirá haciendo cada vez que un cliente abandone su habitación y el agua y el jabón no consigan borrar la capa de vergüenza que cubrirá su cuerpo y solo dejará de hacerlo la noche que, acodada en la barra del tugurio, durante unos segundos, su mirada se cruce con la de una hermosa mujer que, a pesar del enorme parecido con la de la fotografía que ha viajado en su maleta, desviará la mirada y, solicita, se dirigirá a un reservado del brazo de dos clientes habituales.

Segundo Premio
TODO PARA SEBAS
Dora Luz Herrera Jiménez

Dariana prende la estufa con los cerillos de siempre, esos que chamuscan las yemas de sus dedos. Asienta el jarro de peltre sobre la lumbre y, con agilidad, se desliza en la cocina. “*Siempre hay mucho que hacer...*”. Saca el café y el azúcar de la alacena y los coloca en la charola. Saca dos panes tostados de la bolsa azulada y les unta cajeta con gracia y uniformidad. De reojo mira a su hermano Sebas, que revisa su celular en el sofá.

—Si quieres, mientras preparo la comida, tú pon la película.

—¿Eh? Ah, sí. Ahorita.

Dariana examina cómo va el agua: aún no burbujea. Suele desesperarse ante la falta de prisa que, a veces, presenta el fuego. Abre una bolsa de palomitas y la mete al horno de microondas. Busca dos tazones grandes, para dividirlos en cuanto salgan y coloca servilletas sobre la charola en la que acomodó los panes.

El horno apenas avanzó cincuenta segundos, lo que la obliga a “matar el tiempo” lavando los trastes que dejó su padre en el lavadero. El frío se cuele por la ventana de la cocina, pero no intenta cerrarla, porque le gusta respirar el aroma a tierra mojada que se incrementa a esas horas de la tarde. Mientras lava un plato pegajoso, nota que el único sonido de su casa proviene del maíz recién tostado. Entonces dirige la vista a su hermano: aún no pone la película.

El microondas avisa que las palomitas están listas. Los dos últimos granos explotan y la mantequilla aromatiza el aire. Ella revisa el pocillo de peltre, que comienza a burbujear, y mientras espera a que el agua hierva por completo, saca la leche del refrigerador.

—Sebas, ¿te preparo tu café?

—¿Eh? Ah, sí... dos de azúcar.

Dariana vierte leche en dos vasos de barro y, con un trapo mojado, saca el agua de la lumbre para mezclarla con leche y café en polvo. Pone dos cucharadas de azúcar al café de su hermano y lo mueve cuidadosamente, hasta que considera que todo se ha diluido. Entonces, apaga la luz de la cocina, toma la charola y camina hacia la sala.

Da a su hermano su plato de palomitas, su pan con mantequilla y su café, para luego tomar el control que se encuentra sobre el brazo del sillón. Prende la tele, busca *El hombre de la*

pistola de oro, de James Bond -que Sebas eligió desde el día anterior-, apaga las luces, toma su plato de palomitas y se sienta en el sillón.

La película comienza. Para Dariana se trata de la misma historia de siempre: una mujer en apuros que forzosamente debe ser rescatada por un héroe. Pero esta película en particular la rebasa, Mary Goodnight parece tan inútil... la saca de casillas y la hace pensar en cómo se reproduce el discurso donde las mujeres siempre resultan insignificantes.

Mientras Sebas mira absorto la película, ella siente el hueco que se sigue agrandando en su pecho. Es esa ansiedad que no deja de atormentarla desde hace varias semanas. La incertidumbre ante un futuro desconocido. Su hermano no experimenta lo mismo porque su vida está más acomodada que nunca. La siguiente semana regresará a la universidad y volverá a la rutina de siempre. En cambio, ella se enfrentará al desquehacer al que no está acostumbrada.

Su madre rio cuando ella le contó su sentir. *“Pero hija, de qué hablas, en la casa nunca falta qué hacer, ya verás. Además, ya es hora de que aprendas a hacerte cargo de todo por aquí, para que cuando te cases, que seguro será pronto, llegues más que lista”*. Pero, la proximidad de su boda le parecía tan lejana... ni siquiera tenía novio ¿Cómo se iba a casar? *“Mamá, ¿y si nunca me caso?”* había preguntado con tribulación. *“No seas tonta, Dari, claro que te vas a casar, o si no ¿qué otra cosa vas a hacer?”*

Y sus palabras cavaron más el hueco en su estómago. Dariana siempre supo que su destino era ser esposa. Por eso sus papás sólo le permitieron estudiar hasta la preparatoria, le habían dicho *“Para qué vamos a invertir en una carrera, si cuando te cases ni vas a trabajar. Mejor ese dinero lo invertimos en Sebastián, porque él tendrá que mantener a su familia. Tú no, Dari, tú serás mantenida. Tú aprende a lavar y a planchar. Es más, desde ahora vas a practicar con Sebas”*. Y desde ese día, por preguntona, se encargó de atender a su hermano. Era como su esposa o su madre o su empleada. Debía resolver sus necesidades y, así, practicar para ser una buena mujer.

Dariana deja sus lastimosos recuerdos atrás justo cuando James Bond encuentra muerta a Andrea Anders en el estadio de Kickboxing. Incluso muerta, Anders luce perfecta. Ese pensamiento le cala en el cuerpo. Tiene la certeza de que no basta con ser una buena mujer para que un hombre se fije en ti: debes ser bonita. Y eso la aterra. Para encontrar a un hombre bueno, como Bond, debería parecerse a una de las chicas Bond. Pero ella sabe que no se parece a ninguna. Entonces ¿qué clase de persona querrá casarse con ella? Siente pánico de que sus padres acepten al primero que se ofrezca. Ante el miedo de la respuesta nunca se ha

atrevido a preguntar si ella tendrá poder de decisión. Sabe que su padre se preocupa mucho por el dinero, entonces cabe la posibilidad de que le elija a alguien, sin importarle su opinión.

El hoyo de su estómago se sigue extendiendo, avanza hasta sus piernas, que se sacuden sin permiso. Ni siquiera sus extremidades son completamente suyas. Dariana recuerda que el mes pasado, cuando se graduó de la prepa, su padre le dijo que ese era el único papel en el que estaría escrito su nombre. Lo dijo con solemnidad hacia Sebas, a quien le extendió una hoja tamaño oficio, donde se leía que la casa ahora estaba a su nombre. Sebas se había convertido en el nuevo hombre de la casa. Y, mientras celebraban con vítores el triunfo de Sebas, su madre encajonó el certificado de Dariana, mezclándolo con los documentos inservibles que nadie ha tenido tiempo de tirar.

Bond mata a Scaramanga dentro del laberinto antes de que la torpe Mari active el láser que hace explotar la isla. Ante la detonación, Dariana suelta un chillido reprimido. Sabe que la única forma de externar su tristeza es fingiendo que le interesa el destino del héroe de su hermano, quien la mira complacido. La película termina pronto y Sebas decide irse a acostar. Dariana levanta los trastes y los lleva al lavadero. Toma la escoba para barrer el rastro de maíz quemado que dejó su hermano en la sala. Con un trapo húmedo limpia ambos sillones. Toma el control y apaga el televisor.

Camina hacia la cocina de forma silenciosa. Hacer ruido se convierte en pecado si su hermano está durmiendo. Abre la llave del lavabo y lava los trastes que usaron. Esta vez sin prisa. Sabe que, aunque corra, no podrá escapar de ellos. El olor a tierra mojada acaricia sus fosas nasales. Ella respira hondo y espera con paciencia a que el hoyo de su estómago se torne más grande y la desbarate por completo.

Tercer Premio
PARTITURA EN NEGRO MENOR

Mayra Rebeca Araujo Pinto

Las luces del crepúsculo caían sobre la sala como las últimas notas de un nocturno, diluyéndose entre las cortinas raídas. Elisa, sentada en el suelo, dibujaba en silencio. Sus creyones eran varitas de un director de orquesta invisible, trazando líneas que se alzaban y caían, figuras que parecían cantar en lenguas olvidadas. En la hoja, los contornos se retorcían como árboles que buscan un cielo que les está negado.

Cuando la puerta se abrió de golpe, el aire cambió. Era un acorde disonante, una irrupción brusca que congelaba la melodía. Él entró dejando tras de sí un rastro de olor metálico, como si trajera consigo el eco de algún instrumento roto.

—¿Dónde está tu madre? — preguntó sin mirarla, mientras dejaba el maletín junto a la puerta.

—En el mercado — respondió Elisa, apenas un murmullo que se perdía entre los lápices de colores.

Se dejó caer en el sillón, con un suspiro que resonó como el viento atravesando un órgano vacío. La miró desde su asiento, los ojos como faroles gastados.

—Siempre con tus dibujitos raros. ¿Qué haces ahora?

Ella le tendió la hoja sin levantar la mirada. Él tomó el papel con manos torpes, sus dedos dejando pequeñas sombras sobre las líneas dibujadas.

—Un árbol —murmuró, como si probara el peso de la palabra—. Y tú, ahí, tan pequeña. ¿Por qué siempre estás tan sola en estos dibujos?

Elisa no respondió. Su silencio era una pausa medida, como si buscara el siguiente compás de una melodía aún no escrita.

—¿Y este? — preguntó, señalando otro dibujo donde una figura oscura abrazaba los márgenes—. ¿Qué se supone que es?

—Una sombra.

Él se rio, una risa hueca, como el rasgueo de cuerdas desafinadas.

—¿Y qué hace esa sombra?

—Espera.

La palabra flotó en el aire como un susurro lejano. Él frunció el ceño, un gesto que intentaba ser una máscara pero que no ocultaba el temblor en su labio inferior.

—Eres rara, niña.

Se inclinó hacia ella, sus movimientos pesados como el plomo, dejando su sombra alargarse sobre el suelo. Fue entonces cuando algo cambió. Una nota inaudible, un quiebre apenas perceptible en el ritmo.

La sombra detrás de él comenzó a moverse. No con el bamboleo torpe de un cuerpo, sino con la cadencia precisa de un vals.

—¿Qué es eso? — preguntó, la voz ahora apenas un susurro.

—Es la sombra — dijo Elisa, como quien recita una línea aprendida de memoria—. No le gusta que me toquen.

Él giró la cabeza lentamente, como si cada vértebra estuviera tallada en mármol. No había nada. Pero Elisa sabía que la ausencia también puede ser una presencia, y que los silencios tienen su propia armonía.

Las luces de la sala comenzaron a menguar. La sombra en el suelo se ensanchó, avanzando hacia él como una marea negra. Elisa tomó un creyón negro y comenzó a dibujar, sus movimientos rápidos, como si intentara seguir el ritmo de un allegro imposible.

—¿Qué haces? — dijo él, su voz quebrada en un acorde menor.

Ella no respondió. Dibujaba con precisión quirúrgica, delineando cada curva, cada pliegue de la figura que ahora parecía salir de la hoja. La sombra lo alcanzó, cubriéndolo como una manta pesada, y él se desplomó en el sillón. Su respiración se hizo irregular, un piano desafinado que intentaba seguir tocando pese a los años de abandono.

Cuando la madre de Elisa regresó, lo encontró ahí, inmóvil, con los ojos abiertos pero vacíos. Ella dejó las bolsas sobre la mesa y miró a su hija.

—¿Qué pasó?

Elisa levantó la vista apenas un instante, el creyón aún en la mano.

—Nada— dijo. La sombra terminó su canción.

Accésit
YO YA SOY MAYOR
Marta Vidal del Palacio

Este año me tocó purificarme. Se supone que es algo bueno porque todas las chicas mayores son puras, y con seis años yo ya soy mayor. Cuando le pregunté a mamá qué era purificarse ella me dijo: “volverse pura, limpia”. Yo me baño todos los días... Supongo que no lo hago del todo bien.

Antes de entrar a purificarme, jugué un rato con mis amigas, Emily y Sarah. Cuando llegó mi turno, aun siendo yo ya mayor, mamá me cogió en brazos y me sentó en una mesa dentro de la cabaña. Había muchísimas personas en la sala, todas mujeres. Mamá empezó a quitarme la ropa interior. Las mejillas se pusieron rojas, porque las niñas mayores no se quitan la ropa interior delante de desconocidas. Luego me taparon los ojos con una venda, seguramente para que no me diera tanta vergüenza. En mi mente imaginé que seguía jugando fuera con Emily y Sarah para no ponerme nerviosa. Estaba tan concentrada que no me di cuenta de cómo abrían mis muslos.

Lo que sí sentí fue el dolor, que comenzaba entre mis piernas, por donde hacía pipí, y que lo inundaba todo. Empecé a chillar. Dolía mucho. Quería moverme, apartarme de eso que dolía tanto, pero unas manos firmes como serpientes me sujetaban brazos y piernas.

—No te muevas, cariño, que te va a doler más.

¡¿Más?! ¡¿Es que eso podía doler más?!

Yo no entendía por qué mamá o cualquiera de las mujeres que había en la sala no me ayudaban. Lloré mucho. Grité. Las lágrimas mojaban la venda y se me caían los mocos. Cuando parecía que habían parado, el dolor volvió incluso más fuerte. Notaba cómo la aguja entraba y salía por mi piel, igual que cuando la abuela le cosía el vestido a mi muñeca Dulce.

Después de una eternidad, por fin acabaron. Me pusieron un emplasto de hierbas ahí abajo y me quitaron la venda de los ojos.

—Ya eres pura, cariño — me recibió mi madre, abrazándome y con una sonrisa enorme. Yo seguía llorando.

Me bebí una infusión para el dolor. Dio igual, todo ardía ahí abajo. Palpitaba, como si fuera un segundo corazón.

Todavía me sigue doliendo, sobre todo cuando hago pipí. Las gotas salen muy poco a poco, no como antes. Me gustaría que todo fuera como antes. No quiero ser pura.

Accésit
SUEÑOS DE LIBERTAD
Francisco Sacristán Romero

Era diciembre y el aire helado me abofeteaba la cara. Caminaba despacio, casi arrastrando los pies, hacia el instituto donde estudié cuando era una adolescente. Aún no lo sabía, pero aquel día empezaría a respirar, vería el mundo con otro color.

El tiempo había pasado, ya no era la estudiante que iba con ilusión a las clases, ahora era la adulta a la que habían invitado a hablar de poesía con el alumnado. Todos se habían leído mi último poemario en su asignatura de Lengua y Literatura y yo iba a comentar el libro con ellos.

La entrada al patio principal del edificio alto de oscuro ladrillo visto me recordaba los años vividos allí. Se me encogía el corazón, me sudaban las manos, sin quererlo mi mente se iba al primer día que entré allí con mi inseparable amiga Eva.

Es nuestro primer día en el instituto. Eva lleva el pelo recogido en una trenza, pantalón vaquero y estrena una camiseta rosa. La estrena porque es un día importante. Siempre hemos estado esperando este día, desde que éramos muy pequeñas. Cuando vayamos al instituto tendremos una gran pandilla de amigos. Cuando vayamos al instituto llevaremos bolso y nos pintaremos los labios. Cuando vayamos al instituto tendremos novio...

Lo cierto es que Eva tenía novio desde el verano. Yo sentía envidia sana, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que mi amiga no era feliz.

- Tú tienes idealizado lo de tener novio. No es tan bonito como crees, de hecho, no es ni bonito – solía decime.

- Si no te va bien, ¿por qué estás con él?

- Lo dejaré -decía suspirando-, pero más adelante, ahora no es el momento.

Entré nerviosa al edificio, me esperaban la vicedirectora y la profesora de Lengua y Literatura para empezar la actividad con el alumnado. Me saludaron con amabilidad y anduvimos los escasos pasos que nos conducían al “pasillo de los mayores”, como decíamos Eva y yo. Me dolió el corazón, literalmente, atravesar aquel pasillo.

- *Los de tercero nos han invitado a una fiesta el sábado – le dije a Eva-. Podríamos ir.*
- *Sal tú que no tienes novio.*
- *¿Y por qué tú no?*
- *No le parecerá bien a Ramiro, te lo aseguro.*
- *Anda, mujer, ven conmigo.*
- *Que no. Que no puedo, Mónica.*

El aula de Bachillerato era amplia y luminosa. Si no me fallaba la memoria era la misma que Eva y yo ocupamos aquel terrible curso. Tenía un nudo en la garganta, la boca seca, notaba cómo la ansiedad se apoderaba de mí, haciéndome cada vez más pequeña. Avancé como una autómatas detrás de la profesora de Lengua, quién me presentó a los estudiantes. Intenté centrarme en la situación, el libro, los chavales, pero la uña de mi dedo corazón arañó el padastro de mi pulgar, casi sin darme cuenta mientras la profesora me presentaba:

- Mónica Sánchez es nuestra escritora invitada, ella es la autora del libro *Palabras del alma mía* que habéis leído este trimestre, podéis comentar con ella las preguntas que lleváis preparadas.

Me sentía, nerviosa, alterada, mi cabeza se había bloqueado. Sonreí con fingida naturalidad y traté de centrarme, pero me resultaba muy difícil. Los saludé, hablé un poco de mi trayectoria literaria, y pasé pronto a la ronda de preguntas porque me costaba trabajo hablar.

Una niña rubia levantó la mano.

- Doña Mónica- dijo muy educada- la dedicatoria de su libro dice: “A Eva, que nunca llegó a ser mujer”, ¿nos puede explicar a quién se refiere?

Respiré, cogí la botella de agua que me habían preparado, llené un vaso y hablé:

- Hace veinte años yo era una niña como tú, sentada en una mesa similar a esa en esta misma aula.

Yo tenía una amiga llamada Eva. Y digo tenía porque ya no la tengo. Es la primera vez que hablo de esto, no he tenido nunca fuerzas. Eva tenía novio, decía quererla, pero no era verdad. Ella quería dejarlo, aunque estaba asustada, le daba miedo. Un día decidimos salir con los chicos de un curso superior al nuestro, fue idea mía, aún no he podido perdonarme tal idea. Cuando volvimos de la fiesta, el novio la estaba esperando en su moto en la esquina de su calle. La recogió y yo marché sola a mi casa. Fue la última vez que la vi. Su novio la mató. Por salir a una fiesta sin él. Me

ha costado mucho entrar al instituto, no había vuelto desde que dejé mis estudios cuando Eva fue asesinada. Me culpabilicé tanto que caí en una depresión y no pude seguir estudiando. Desde entonces – y hace ya siete años- no he podido hacer una vida normal. Mi refugio es la poesía, en ella dejo salir todos mis monstruos.

Un chico pelirrojo levantó la mano y sin esperar a que le diéramos el turno, dijo con vehemencia.

- No fue culpa de usted, fue de ese chico.
- Es verdad - añadió otra niña- usted solo era una amiga proponiendo cosas de amiga, cosas normales.
- Si no hubiera sido ese día, hubiera sido otro - añadió otro chaval sentado al fondo.
- Hay que parar la violencia de género - dijo otra alumna emocionada por mi relato.

La clase estalló en espontáneos aplausos, las lágrimas se me escaparon sin poder hacer ya nada por retenerlas. Esta vez no era un llanto de impotencia, de dolor, de ira... esta vez era de emoción, de sanación y de esperanza, de pensar que nuestros jóvenes -quizás- estuvieran cambiando. Quizás algo en nuestra sociedad estuviera cambiando.

Y aquel día fue el primer día de mi nueva vida, gracias a aquellos chavales que se sentaban en la misma aula en la que se quedó la sonrisa de Eva adolescente, mi querida amiga que nunca pudo ser mujer.

Accésit

LA MUJER QUE QUISO SER ESCUCHADA

Carlos Soria Martínez

Carmen llevaba semanas mirando el periódico cada vez que su marido lo dejaba sobre la mesa, siempre con miedo de que la sorprendiera. Su educación no pasaba de las primeras letras que aprendió en la escuela rural de su infancia, pero el nombre de Clara Campoamor ya lo reconocía en los titulares. La palabra “sufragio” parecía rodearla últimamente como un eco en el aire. *Las mujeres podrían votar*, decía la gente. Era como un sueño impensable, como si alguien de pronto le ofreciera una llave para abrir una puerta que siempre había estado cerrada.

Sin embargo, en casa el ambiente era otro. Manuel, su marido, estaba cada vez más irritado con las discusiones políticas que llenaban el barrio.

— ¡Te lo digo, Carmen! Si les dan el voto a las mujeres, esto será un desastre. No sabéis nada de política, ¡ni tenéis por qué saberlo! Lo único que hacen esas republicanas es desordenar la casa.

Carmen bajaba la mirada y seguía amasando el pan. Ya no respondía. No por falta de ganas, sino porque sabía que discutir con Manuel era inútil. En los años que llevaban casados, él siempre había tenido la última palabra, pero cuando estaba sola sus pensamientos eran distintos. Se sentía avergonzada de no entender todo lo que se debatía en las Cortes, de no poder opinar con conocimiento y, sin embargo, sentía en su interior que lo justo era que las mujeres también fueran escuchadas.

Una tarde, Carmen se acercó a la plaza. Había rumores de que un grupo de mujeres republicanas hablaría allí sobre los derechos que se estaban debatiendo en Madrid. Se colocó al borde del círculo, con la cabeza cubierta por un pañuelo, tratando de no llamar la atención. Las palabras de las mujeres eran fuertes, apasionadas:

— Las mujeres no podemos seguir viviendo como ciudadanas de segunda. Tenemos derecho a votar, a decidir el futuro de nuestros hijos y el nuestro.

Una anciana murmuró cerca de Carmen:

— Qué tontería, ¿y qué hacemos nosotras votando? ¡Eso son cosas de hombres!

Pero Carmen no estaba tan segura. Escuchó hasta que la reunión terminó, llevándose aquellas frases consigo, como si fueran pequeñas semillas plantadas en su interior.

Cuando llegó a casa esa noche, Manuel estaba de peor humor que nunca.

— ¡Mujeres votando! —gritó mientras tiraba el periódico sobre la mesa—. Es el fin del mundo, te lo digo.

Carmen recogió el papel y lo dobló cuidadosamente, intentando no levantar la voz, pero algo en ella había cambiado esa tarde.

— Manuel, ¿y qué pasa si tenemos algo que decir? Si votar sirve para cambiar algo, ¿por qué no podemos hacerlo también nosotras?

Él se quedó mirándola con incredulidad, como si nunca la hubiera escuchado hablar así.

— ¿Y tú qué vas a cambiar, Carmen? ¿La receta del guiso?

Ella cerró los ojos para contener las lágrimas, pero no dejó que se le escapara ninguna. Sabía que no ganaría aquella discusión, pero también sabía que, aunque Manuel no lo entendiera, las cosas no podían seguir igual.

Los días pasaron, y el debate en las Cortes llegó a su punto álgido. En la taberna del barrio, los hombres discutían entre risas y comentarios altisonantes. A Manuel le divertía imitar la voz de Clara Campoamor, burlándose de la vehemencia con la que defendía el voto femenino. Carmen, mientras tanto, seguía con sus tareas diarias, pero cada vez con menos ánimo. Quería gritarle a su marido que él no sabía nada de lo que ella sentía, ni de las preocupaciones de las mujeres que cuidaban la casa, que criaban hijos o que trabajaban en las fábricas.

El día que se aprobó el derecho al voto, Carmen escuchó la noticia de boca de una vecina en el mercado. El corazón le dio un vuelco. Por un instante, sintió una emoción que no podía describir: orgullo, esperanza, algo que la hizo sonreír.

Sin embargo, esa misma tarde, cuando Carmen regresaba del mercado, se encontró con un grupo de mujeres celebrando la noticia en la plaza del pueblo. Había risas y algunas canciones improvisadas que resonaban entre las calles, pero no todos lo vieron igual. A pocos metros, un grupo de hombres empezó a murmurar con desdén, y pronto los insultos volaron como piedras.

— ¡Volved a casa, que ahí es donde debéis estar! —gritó uno.

— ¡El mundo se va a arruinar con tanta tontería de igualdad! —vociferó otro.

Lo que empezó como palabras pronto se convirtió en empujones. Carmen, atrapada en medio de la algarabía, intentó calmar los ánimos, pero el enfrentamiento escaló rápido. Los

hombres, furiosos, arremetieron contra las mujeres y comenzaron a empujar, lanzando golpes al aire. En medio de la confusión, una de las piedras lanzadas por uno de ellos alcanzó a Carmen en la sien y cayó al suelo de inmediato, envuelta en un charco de sangre.

Las risas cesaron. El alboroto se convirtió en un silencio sepulcral cuando vieron su cuerpo inmóvil. Las mujeres se acercaron a ella, gritando su nombre entre lágrimas, mientras los hombres se dispersaban rápidamente, temerosos de lo que acababan de hacer.

Manuel llegó corriendo al escuchar el rumor en el pueblo. Se quedó de pie frente al cuerpo de su esposa, sin saber qué hacer ni qué decir. En su rostro se mezclaban la furia y el arrepentimiento, pero no había vuelta atrás. Carmen, la mujer que solo quería ser escuchada, había muerto por un cambio que apenas comenzaba a escribirse en la historia.